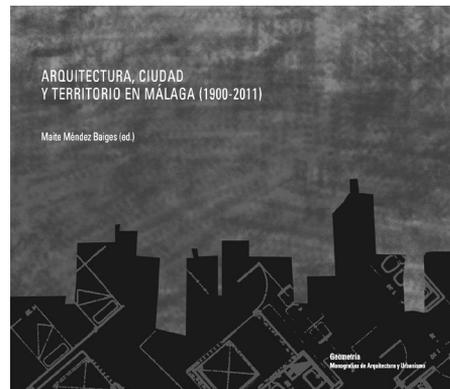


■ **MÉNDEZ BAIGES, Maite (ed.), *Arquitectura, ciudad y territorio en Málaga (1900-2011)*, Málaga, Geometría, Monografías de Arquitectura y Urbanismo, 2012**

Rosario Camacho Martínez
 Universidad de Málaga

Especial interés reviste la publicación de este libro, una obra colectiva coordinada por la profesora de la Universidad de Málaga, Maite Méndez Baiges, que es resultado de la investigación realizada en el marco de un proyecto de investigación de excelencia, *Arquitectura, ciudad y territorio en Málaga (1900-2011)*, financiado por la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía. Maite Méndez ha sido la investigadora principal del proyecto y han formado parte del mismo los autores que firman el libro, todos ellos investigadores del tema y profesores de la misma Universidad, así como dos arquitectos, profesores de la Universidad de Sevilla.

Se trata de un libro bien coordinado que mantiene una unidad evidente, acorde con el título y contenido del proyecto, que sigue unas pautas, un orden cronológico y que ha supuesto una profundización en la realidad de la arquitectura y el urbanismo de Málaga tanto a nivel bibliográfico como de documentación archivística, entrevistas, etc. Se sustentan algunas premisas presentes en toda la obra, como los debates



sobre el concepto de modernidad, de identidad, los condicionantes de una situación periférica, el carácter híbrido de algunos resultados, la peculiar interpretación del Movimiento Moderno, la presencia de arquitectos foráneos, etc., no obstante he preferido hacer mi comentario centrándome en cada uno de los ensayos que componen el libro, dado el amplio arco cronológico que abarca, que no sólo se atiende a la arquitectura sino también al urbanismo, y que el territorio estudiado es muy extenso, pero no por ello se desdibuja la unidad de esa cartografía de la arquitectura contemporánea de Málaga desde una mi-

rada crítica y poliédrica, como indica Méndez en su introducción.

Francisco Juan García Gómez en «La herencia decimonónica: el eclecticismo de principios del siglo XX», recorre las dos primeras décadas del siglo XX (aunque no es un periodo cerrado), tan ligadas desde el punto de vista formal al lenguaje arquitectónico del siglo anterior, la fuerte herencia del eclecticismo e historicismo, que determinarían inicialmente una producción un tanto «desfasada». Aunque en la etapa se cuenta con algunas obras de indudable calidad y novedad, realizadas por profesionales de fuera, es cierto que está dominada por una interesantísima generación de arquitectos formados en Madrid: Guerrero Strachan, Rivera Vera, también Daniel Rubio, que aquí se avecindó y se sirvieron del lenguaje neobarroco para los edificios oficiales, o el neogótico para la arquitectura religiosa, o realizaron interpretaciones sui géneris de lo islámico, que fueron «impermeables» a la influencia del Movimiento Moderno. Pero no se debe menoscabar su importancia porque fueron muy notables sus aportaciones ya que Málaga creció ampliamente, y fue la arquitectura doméstica la gran protagonista pues las principales innovaciones se produjeron en las tipologías domésticas. Señala el autor «una estética de la contención» en la que evidentemente influye la crisis económica, que se

debe al consenso entre los promotores y propietarios y los arquitectos, imponiéndose el gusto discreto de una burguesía local que determinaría una arquitectura rica en formas, composición e imaginación que nunca llegó a caer en los excesos decorativos o dimensionales de otras ciudades. Francisco J. García Gómez que, con su peculiar sentido del humor piensa en otro título más atemperado para el famoso libro de Loos si éste hubiera vivido en Málaga, apunta si esa moderada y elegante simplicidad no sería la responsable de la tardía llegada del racionalismo.

En «Arquitectura modernista. Entre la conciliación y marginación», Belén Ruiz Garrido profundiza, desde el punto de vista de la arquitectura, en esta etapa que siempre le ha seducido. Lo inicia con el debate historiográfico resaltando la importancia que para el conocimiento del estilo fuera de Barcelona tuvieron la Exposición sobre Modernismo en España (Madrid) y el Congreso Nacional de Arquitectura Modernista (Melilla, 1997) donde se llevó a cabo una revisión sincrética y compleja del panorama estilístico, en una etapa de tensiones entre identidad colectiva y singularidad. Aunque pueda parecer una osadía trazar un paralelo entre Málaga y Barcelona, sale airoso en estos caminos de ida y vuelta y analiza con perspicacia y sensibilidad la obra de los arquitectos que fueron permeables a los valores del modernismo, especial-

mente Rivera Vera, más próximo al estilo geometrizable de Domenech y Montaner. Los ejemplos de Modernismo de Málaga aunque se ajustan a circunstancias comunes en toda España, donde pesaron la moda y el afán cosmopolita, son escasos y no transformaron la fisonomía de la ciudad ni llegaron a definir espacios urbanos; hay mucho «camuflaje», rasgos modernistas combinados en otros aparatos ornamentales, lo cual le resta espectacularidad y no se convierte en seña de identidad. Sin embargo el conjunto de obras que presenta y analiza no cabe duda de su interés, incluso los escasos restos que se conservan en la provincia.

Paralelamente a lo anterior surgen las experiencias regionalistas, más abundantes, que trata Francisco José Rodríguez Marín en su ensayo «En busca de las raíces perdidas: la arquitectura regionalista», donde plantea inicialmente la importancia de los cambios sociales y políticos que acompañaron la renovación plástica y arquitectónica, en este caso el desastre del 98, que condujo a buscar lo autóctono y tuvo momentos expresivos en los pabellones que representarían a España en las exposiciones universales. Para Málaga fue importante la influencia de la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, junto a los modelos que proporcionaban los catálogos de arquitectura y el rechazo que desde algunos ámbitos se hacía del modernismo, contribuyen-

do al desarrollo de un estilo que estuvo vigente, y con intensidad, hasta 1936. Son años positivos para la economía y la industria local que se reflejarán en grandes zonas de expansión urbana y en los planes de saneamiento (1921), grandes reformas (1924) y primer anteproyecto de la Ciudad Jardín (1923). Se activan las industrias relacionadas con la construcción que tendrán su reflejo en la arquitectura local, tanto en la vivienda popular como en las grandes obras, que acometerán los arquitectos de la ciudad e incluso algunos venidos de fuera, como Anasagasti con su proyecto para el edificio de Correos, y determinarán un repertorio historicista que inundó la ciudad y constituyó uno de los capítulos más brillantes del primer tercio del siglo XX.

Hasta aquí, y contando con un límite cronológico hacia el cuarto del siglo, se había señalado una impermeabilidad al Movimiento Moderno que claramente se desvanece en las obras analizadas por Igor Vera Vallejo en «Primeros atisbos de lo moderno. 1927-1936». Porque Málaga siguió siendo un núcleo de producción excéntrico pero dio una respuesta eficaz y rápida a la modernidad adoptando un incipiente racionalismo derivado del Estilo Internacional. El autor estima que la arquitectura andaluza de esta etapa haya comenzado a reescribirse y el hecho de que su puesta en valor se lleve a cabo desde el ámbito

patrimonial, ante las necesarias medidas de protección. Esa reescritura y valoración está muy presente en este trabajo considerando la importancia de la llamada Generación del 25, algunos de cuyos miembros trabajaron en Málaga, conformando un espíritu de grupo que fue el soporte para la consolidación del racionalismo y una forma nueva de entender la ciudad desde progresistas propuestas urbanas. La avanzada arquitectura de González Edo, volcado totalmente en la ciudad, que supo encajar su compromiso con la modernidad en una reflexión sobre la diversificación de usos de la ciudad patrimonial, las interesantes intervenciones puntuales de Antonio Palacios, menos monumentalistas que en Madrid y más adaptables al territorio, que confirman las aspiraciones modernas del autor, los decisivos hitos que en el campo de los edificios para espectáculos nos dejó Sánchez Esteve en Málaga y Antequera, la originalidad de formas aerodinámicas y asunción de criterios higienistas que en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de Torremolinos, plasmó F. Alonso Martos, las experiencias racionalistas de Gutiérrez Soto anteriores a la guerra o paralelas a ella, evidentes en el Mercado de Mayoristas o la Torre de Control del antiguo aeropuerto militar, y otras actividades en las que intervienen también Rubio y Atencia, señalan a Málaga como un foco de renovación de la arquitectura.

Inmaculada Hurtado Suárez, tal como indica el título de su ensayo, «La azarosa pervivencia de la modernidad en el primer franquismo», reflexiona sobre la arquitectura que se generó en Málaga en el periodo de posguerra, para abrir una nueva vía de análisis revisando definiciones, particularidades y tratando de eliminar tópicos establecidos. Analizando los acontecimientos nacionales fundamentales en el desarrollo arquitectónico de la época, su ideario, la relación con el de los regímenes europeos afines, busca los rasgos de modernidad de esta época difícil, que trata de definir su propia identidad, una arquitectura para un nuevo estado. Y la búsqueda de ese lenguaje nacional, que no existió como estilo, presenta en Málaga una vía racionalista, que también convivió con el art déco, historicismos y regionalismos, un tanto maquillada por la estética autárquica, y que destaca en las obras de algunos arquitectos, casi todos foráneos establecidos temporalmente en la ciudad, que pudieron aprovechar las «oportunidades» de un programa de reconstrucción nacional. Sobresale Gutiérrez Soto en obras significativas ya citadas, las actuaciones puntuales de Fisac en El Ejido y Martiricos, las propuestas urbanísticas de González Edo, cuyo Plan General de 1950 contenía ambiciosos proyectos urbanos de total modernidad o sus obras concebidas como parte de

un «proyecto de ciudad»; García Mercajal y Pablo Cantó en la producción de viviendas, o la precisa intervención de Moya Blanco, cuyo proyecto para la Casa de la Cultura hubiera requerido otro emplazamiento para una digna conservación. En cuanto a la planificación urbana hay que valorar el análisis de las ideas de Arrese, y de las barriadas autárquicas, destacando las de Carranque y Ciudad Jardín, diseñadas ya por arquitectos locales: Jaúregui Briales, Burgos, G. Strachan Rosado y otros, especialmente Enrique Atencia.

El ensayo «La arquitectura del sol. El Movimiento Moderno durante los años cincuenta y sesenta» Maite Méndez lo dedica a Juan Antonio Ramírez, pionero en analizar esta etapa en Málaga en *El estilo del relax*, un libro ya mítico surgido sobre una idea de Diego Santos, textos de Ramírez y fotografía de Carlos Canal y que en 2010 se publicó en edición facsímil, ampliado con texto de Méndez en *El relax expandido*, que Juan Bonilla consideró la aportación más lúcida a la literatura del estilo del relax.

Con este preámbulo, en el libro que nos ocupa la autora profundiza en la arquitectura que comienza a manifestarse en esta etapa, también en Málaga y la Costa del Sol, que supone el despertar de la conciencia de la modernidad arquitectónica. Son años de despegue económico, cultural y sobre todo turístico, y aunque este fenómeno lle-

gó a ser también una «apisonadora de identidades y destructora de territorios y peculiaridades», no cabe duda de que propició la consagración de Málaga a la modernidad arquitectónica. Maite Méndez recorre las piezas más significativas de esta arquitectura, desde las pioneras de los años cincuenta, una metáfora arquitectónica como el Bazar Aladino de Torremolinos, a otras en las que destaca su organicismo y expresividad, conciliando la modernidad con lo popular, como la genial Ciudad Sindical de Vacaciones de Marbella, a hoteles de lujo tal el Málaga Palacio o el singular Pez Espada de Torremolinos, icono del estilo del relax y que incorpora las tendencias revisionistas del Movimiento Moderno en esos años. También hay sugerentes ejemplos en la arquitectura residencial como la Casa Lange, de Robert Mosher, que supone la aclimatación de la arquitectura organicista de las praderas norteamericanas al Mediterráneo, o la sobria naturalidad de la Casa Rudofsky en Frigiliana, frente a las torres verticales de las zonas residenciales y nuevas urbanizaciones, entre las que surgieron algunos ejemplos de calidad tal los conjuntos de Playamar, y La Nogalera, los apartamentos Eurosol y las sugerentes torres organicistas de la avenida de los Manantiales, en Torremolinos, o los apartamentos Skol de Marbella, además de otros hoteles señeros, como el Alay, que abre el turismo de congresos. También se aborda

la interesante actividad de Miguel Fisac en Málaga, en los conjuntos docentes de Martiricos, o el más tardío Colegio de las Teresianas, de Barbero Rebollo y de la Joya, junto a otros ejemplos de Antequera o el Club Náutico de Torre del Mar, de F. Estrada.

Finalmente se analizan algunas iglesias de Málaga como Sta. Rosa de Lima, de García Garrido y el excepcional convento iglesia de Santa María de Belén, Stella Maris, de José M.^a García Paredes, obra maestra del Movimiento Moderno, junto a otra obra genuina de este Movimiento, el Palacio de Congresos y Exposiciones de Torremolinos, de R. de La Hoz y G. Olivares, donde se aúnan el funcionalismo, la capacidad metafórica, las cualidades visionarias, en una forma arquitectónica cargada de simbolismo.

Antonio Jesús Santana Guzmán en su ensayo «Dotaciones y proyectos urbanos para una nueva capital» analiza la etapa de los años sesenta-setenta, comparando los antiguos proyectos con la obra construida, ahondando en sus aspectos más representativos e incidiendo en el concepto de innovación. En esta etapa la creciente oferta turística de la Costa del Sol y la bonanza económica a que dio lugar, así como su desaforado crecimiento demográfico, influyeron notablemente en la construcción y obras públicas y en una muy numerosa obra edilicia. Es la época de la gran expansión de Málaga y

de su cambio de fisonomía, surgiendo nuevos centros residenciales como La Malagueta, que responde a una reforma interior sobre el entramado urbano existente, que ya se incluía en el Plan de 1950, pero cuya anulación tuvo consecuencias desastrosas dando como resultado un conjunto densificado, sin espacios libres y con inmuebles de considerable altura; no obstante, aquí surgieron piezas de calidad arquitectónica como la pionera Torre de la Farola, de vistosa bicromía (E. Caballero Monrós), el sugerente Edificio Luz, (Carlos Verdú y César Olano) o el edificio Parquemar, (A. Lamela) y la Torre del Puerto (Blanco Soler), a uno y otro lado del paseo de La Farola, y otras.

Respondiendo a un concepto urbanístico diferente, de ensanche, surgió el polígono residencial de la Alameda, también dibujado en planes anteriores; son tres kilómetros de vía con piezas arquitectónicas exentas, destacando el edificio de Obras Públicas y el Gaudí (García Garrido y Ramos Guerbós), Torre Almenara (A. Lamela), el edificio Loreto (Dorronsoro Fernández y Luque Navajas), o las Torres Jábeiga II y III (L. Bono y L. Machuca); a caballo entre sede administrativa y torre de viviendas es el sutil edificio de la Caja de Ahorros de Málaga (Valero Navarrete). El sector asumió algunos centros administrativos notables, como la Delegación de Hacienda de Caballero Monrós y Dorronsoro Fernández y el

Edificio de Servicios Múltiples que proyectó D. Hernández Gil y dirigió J. L. Armenteros. También aquí se encuentra el centro comercial El Corte Inglés, obra de su arquitecto Blanco Soler, aunque integrado en el epígrafe que Santana dedica a estos centros, que encabeza los antiguos Almacenes Mérida de Andrés Escassi.

Especial interés tienen los epígrafes dedicados a las construcciones industriales y a los nuevos centros educativos. En aquellas, que debían haber tenido mejor futuro pues hay espacios de auténtica calidad, e incluso se inscribieron en el registro del Do.Co.Mo.Mo., destacan los complejos fabriles Intelhorce-Hitemasa en los que intervinieron notables arquitectos e ingenieros y de los que tan sólo se ha conservado la «nave de acabados»; Citesa fue desmantelado, ya que su situación lo convirtió en un apetecible solar urbano. Se ha salvado de una demolición anunciada el Laboratorio de Control de Calidad, de A. Fernández Alba, que llama poderosamente la atención; construido en hormigón armado, con «economía expresiva y coherencia entre forma y función», fue prototipo para su edificación en diferentes ciudades.

En cuanto a los centros educativos Santana se centra en las nuevas construcciones del Campus de El Ejido, destacando la hoy Escuela Técnica Superior de Arquitectura (proyecto J. de la Cal y dirección de A. López Palanco) y

la Facultad de Económicas, todo un esfuerzo en aquella colina gredosa, obra de A. García Garrido, E. Ramos Guerbós y F. Orellana, de la que sobresalen los sugerentes volúmenes del Aula Magna y Salón de Actos. En el Campus de Teatinos se analizan la Facultad de Medicina, uno de los últimos ejemplos del Movimiento Moderno en la ciudad, que con proyecto de Gutiérrez Soto, y ejecución de López Palanco, destaca por la rotundidad prismática y distribución horizontal de sus volúmenes. La Facultad de Filosofía y Letras, desarrollada en módulos independientes de distintas densidades, interconectados mediante marquesinas de hormigón armado, fue proyectada por R. de La-Hoz, G. Olivares y J. Chastang, y cuyo resultado final, con modificaciones y posibles recortes de presupuesto, no ofrece los resultados que se esperarían de tan brillante equipo. Aunque en otro sector, no podía olvidarse la antigua Universidad Laboral (F. Moreno Barberá) que destaca por sus volúmenes, algunos alzados sobre pilotes conviviendo con patios y zonas ajardinadas.

Igor Vera Vallejo repite artículo, centrándose ahora en «La arquitectura de los ochenta y el debate de la modernidad». Acomete inteligentemente el análisis de la reordenación que trajo a Málaga el Plan General de 1983, de J. Seguí, S. Moreno Peralta y D. Quero, directamente enlazado con el de González Edo y basado en un nuevo orden ra-

cional, un plan que fue Premio Nacional de Urbanismo, y que con voluntad más reparadora que innovadora, pretende acabar con las fracturas urbanas, reconsiderando las relaciones entre la ciudad y la arquitectura, los valores sociales y culturales y las exigencias de la nueva ciudad, identificable con las corrientes del pensamiento posmoderno.

El autor analiza en Málaga los mecanismos de un progresismo institucionalizado, las dinámicas culturales, la apertura de la ciudad hacia el exterior, las «nuevas puertas», terminales de transporte convertidas en los «nuevos templos» de un capitalismo de consumo; y detalla las características y consecuencias urbanísticas que para el sector ha tenido una pieza tan significativa como la Estación de Autobuses, (J. Seguí), fruto de una nueva sensibilidad y una nueva cultura arquitectónica. Las nuevas plazas de reordenación del tejido urbano: La Marina, Uncibay, Félix Sáenz, sesgadas éstas en sus acabados respecto a los proyectos originales, que remitían a citas simbólicas, a la antigua historia urbana. La acción desplegada sobre los arrabales de la Trinidad y Perchel (agredidos por la prolongación de la Alameda), mediante un PERI diseñado por S. Moreno, donde en la Manzana Central recrea una invariante tipológica, el corralón, respondiendo a las necesidades de enganchar con la tradición y propiciar las relaciones vecinales. El PEPRI del Centro (1989), que

trató de redefinir usos, recuperar los espacios públicos y rehabilitar edificios, resaltando la del Teatro Cervantes (J. Seguí), que asume también una acción urbanística al «refachadizar» el espacio peatonal contiguo.

Esta arquitectura se debatió en un mar de confusiones que I. Vera explora y, con referencia al movimiento italiano de la «Tendenza», que se reconoce en el valor concedido a la historia como aglutinante cultural e identitario, es considerada como posmoderna, y valora la lección de los arquitectos que trabajaron en Málaga durante el periodo de la República e inmediatamente después, bien estudiados en su artículo anterior: Palacios, Atencia, González Edo, cuyas actuaciones suponen el entendimiento de la ciudad en su desarrollo histórico.

La arquitectura de la posmodernidad también habría de ser lúdica, ejemplificando esta máxima en el *Templícón*, un objeto, un sugerente armario, ideado por Juan Antonio Ramírez que condensa el espíritu del mobiliario y decoración de la arquitectura del ocio. Y destaca la Discoteca Cotton Club de Puente Romano en Marbella que trasladó ecos venturianos a la Costa del Sol, frente a algunas urbanizaciones costeras, un tanto miméticas de lo exótico, cuyas formas pudieron desencadenar la indefinición de una tradición propia. En el ámbito de la vivienda de promoción pública señala el compromiso con

la arquitectura europea del momento, reseñando las viviendas de la calle J. Benavente (J. Seguí), que enganchan con formalizaciones de Rossi, las de profesores de la calle Cáceres (F. Barrionuevo), de ordenada composición geométrica, y las de Hacienda Miramar (J. J. Gutiérrez Blanco y F. San Martín).

Una segunda etapa de equipamientos vive el Campus Universitario de Teatinos, que se enriquece con una interesante Biblioteca General (J. M.^a Romero y J. R. Cruz del Campo), así como las nuevas facultades de Ciencias de la Educación y Derecho.

Por último, algunas localidades de la provincia se revitalizaron en materia de viviendas de promoción pública y dotación de equipamientos básicos. En Fuengirola la Casa de la Cultura (L. Bono, L. Machuca, R. Fernández-Baca) o el Pabellón Deportivo (L. Machuca) ofrecen, a través de su simbología y color, una imagen de lo institucional como espacio culturalmente identificable. En Carratraca la Casa de Trinidad Grund (R. Gómez Marín y G. Pérez Villalta) compatibiliza la rehabilitación con formalizaciones de la arquitectura posmoderna, con evidentes ecos rossianos. Y en Ronda, derribado el antiguo Teatro Vicente Espinel, J. Seguí construyó uno nuevo con referencia al templo clásico, también desde una mirada posmoderna.

Joaquín C. Ortiz de Villajos Carrera y Francisco Montero Fernández,

profesores de la E.T.S.A. de la Universidad de Sevilla firman el artículo que cierra el libro y la etapa estudiada: «El tiempo presente. Territorios urbanos en el cambio de siglo». Aquí se han centrado en el hecho territorial de una Málaga cuya posición periférica ha condicionado su desarrollo, vinculado a la ciudad industrial heredada del siglo XIX y al fenómeno del turismo de la Costa del Sol, y apuestan por el descubrimiento de nuevos requerimientos para que avance la arquitectura, no tanto por la aparición de nuevas tecnologías, remitiendo a edificios recientemente construidos.

Plantean la formación de la ciudad y como ha ido ocupando espacios, trepando por las colinas, devoradas por intereses especulativos y ofreciendo una topografía un tanto desdibujada, un territorio que ejemplifica la disolución moderna del concepto de ciudad. En la política cultural de Málaga la recuperación del patrimonio arquitectónico se ha convertido en uno de los pilares de la nueva imagen y, por parte de los autores, hay una especial sensibilidad en el análisis y crítica de este tratamiento, presentando dos formas diferentes de leer esta geografía en las intervenciones en la Corcha, con un tratamiento discutible en la ladera de levante frente a la cualificación del territorio con actuaciones de pequeña escala en la cara oeste. O las reflexiones sobre los escasos restos de

nuestra arquitectura industrial, especialmente la chimenea Mónica, referente visual y cultural de Málaga que, mediante su rótulo contaba con un carácter patrimonial añadido porque se integró en la memoria colectiva. Por otro lado las rehabilitaciones y reconversiones de edificios históricos ha ido creciendo en Málaga convirtiéndose en elementos fundamentales para la rehabilitación del centro histórico, desde el Centro de Arte Contemporáneo en un edificio excepcional de Gutiérrez Soto (M. A. Díaz, A. Álvarez, S. García) al Museo Picasso en el Palacio de Buenavista (Cámara-Martín Delgado, Gluckmann), Museo Carmen Thyssen en el Palacio de Villalón (R. Roldán, J. González), o el Museo de Málaga en la Aduana (F. Pardo Calvo, B. Tapia García, A. Pérez Mora), cuya apertura al público impacienta a la ciudad, además de otros.

También se enjuician otros resultados como la llamada Casa del Obispo (E. Pesquera, J. Ulargui) en la que se equilibra el lenguaje de una fachada decorada del siglo XVIII con el contemporáneo de los espacios interiores concebidos para un nuevo uso. Después han escogido para analizar una serie de piezas, «pequeña gran escala», que responden a carencias de determinados usos y apuestan por el diálogo permanente con el entorno. Son obras como la Biblioteca Municipal Altolaguirre, edificio funcional y bien estructurado que contribuye a la regeneración

del barrio, el Centro de Servicios Sociales Bailén-Miraflores resaltando con su doble piel de vidrio y el armónico juego de barras verticales, el Centro de Salud de Huelin con su economía de medios compositivos pone en valor la calidad de la intervención, la Caja Blanca que, con su estructura y la fuerza de la cubierta se erige como referente a nivel formal y funcional, la Residencia de Estudiantes, pequeño asentamiento autónomo de quince módulos funcionales bien organizados mediante la conformación de una red de espacios, jardines y zonas de usos comunitarios, o el Centro de Usos Sociales de la calle Sierra de Gata una arquitectura sensible, proporcionada y bien matizada que permite sumergirse en el espacio. De la «arquitectura de gran escala» se analizan tres obras: la Ciudad de la Justicia (J. Seguí, J. Frechilla y J. M. López-Peláez), una macroestructura funcional, amplio contingente blanco, de sombras verticales bien articuladas, que da respuesta al ritmo dinámico de la gran circunvalación, la nueva sede de la Diputación Provincial (L. Machuca) que con sus volúmenes cúbicos y su doble piel de malla metálica, se inserta en el borde marítimo occidental, y el Auditorio Municipal (J. Pérez de la Fuente), pieza compleja formada por un bloque de hormigón de netas y sumarias líneas, con excepcional cubierta de paños asimétricos, que marca fuertemente el paisaje.

Estos equipamientos urbanos, entre otros, son los nuevos referentes en los que se reconocerá la Málaga del siglo XXI.

En resumen este libro, con un planteamiento válido, texto riguroso, que aporta ideas al debate, con una

cuidada maquetación, bien y sugerentemente ilustrado, presenta de manera ejemplar los resultados de un proyecto de investigación y es un instrumento básico para conocer la arquitectura y el urbanismo de Málaga y su territorio en el siglo XX. ■

■ **GILA MEDINA, Lázaro (coord.), *La consolidación del Barroco en la escultura andaluza e hispanoamericana*, Granada, Ministerio de Economía y Competitividad y EUG Granada, 2013**

Rosario Camacho Martínez
Universidad de Málaga

El profesor de la Universidad de Granada, Dr. Lázaro Gila Medina, ha coordinado este volumen reuniendo una serie de ensayos de destacados investigadores de las universidades de Granada, Sevilla y Méjico, que son resultado de la investigación realizada a través de un Proyecto I+D del Ministerio de Economía y Competitividad, concedido en 2009, y del cual ha sido el investigador principal. Este volumen así como el proyecto, son continuación del presentado en 2010, *La escultura del Primer Naturalismo en Andalucía e Hispanoamérica (1580-1625)*, obra que mereció un reconocimiento especial de la Subdirección General de Proyectos de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación.



No le va a la zaga en méritos el presente volumen, también con dos partes claramente diferenciadas que